
 SAN JULIANO, LLAMADO TAMBIÉN SABAS. ¹

San Juliano, á quién los griegos dan el sobrenombre de Sábás, es decir, anciano, por respeto á su santidad, adquirió una reputación extraordinaria, debida únicamente á sus excelentes virtudes, pues su nacimiento fué muy oscuro, como hijo de unos humildes campesinos. Desconocia, por lo tanto, las letras humanas, pero el Espíritu Santo le ilustró con sus luces, y le hizo un excelente maestro en la ciencia de la salvación. Se elevó á tanta altura en la perfección cristiana, que asegura san Jerónimo que en nada desmerecía de la de san Pablo y san Antonio, y san Juan Crisóstomo, queriendo dar una idea de un perfecto cristiano instruido en la ciencia del cielo, nombra al gran Juliano Sábás, como uno de los innumerables ejemplos que pudieran citarse. Hace notar también que puede juzgarse de la gloria que este Santo goza en el cielo por la que recibió en la tierra, en que todo el mundo se apresuraba á darle pruebas de una veneración extraordinaria.

El deseo de servir á Dios con toda libertad de corazón le decidió por la soledad. Habitó primeramente en una cabaña á la entrada de los desiertos de Osrhoene, en Mesopotamia, de que Edesa era capital, é internándose más en este desierto, encontró una caverna en que estableció su morada. Sólomente escogió este lugar por su amor á la penitencia; pues era húmedo y sumamente incómodo,

¹ Teodoreto.

y sin embargo, dice Teodoreto, que es el que nos ha dado la historia de su vida, que se estableció en él con tanto gozo, como si hubiera sido en un suntuoso palacio. La vida á que se consagró correspondía á la austeridad del lugar. No comía más que una vez á la semana un poco de pan de mijo y sal, ni bebía agua sino en proporción del alimento que tomaba, procurando no quedar satisfecho. Al llegar á la vejez, añadía unos pocos de higos.

Pero lo que rehusaba á su cuerpo lo daba en abundancia á su alma, sustentándola con un alimento enteramente celestial, que consistía en las alabanzas divinas y en la oración continua. Se ocupaba constantemente en la contemplación de las perfecciones divinas: bendecía al Señor cantando los salmos, y se penetraba tan perfectamente de las disposiciones del Real Profeta en este santo ejercicio, que parecía que los sentimientos de este Rey piadoso habían pasado á su corazón. El amor de que entónces se sentía abrasado le trasportaba fuera de sí mismo. Encontraba siempre nuevo gusto en conversar con Dios, á quién su alma, desprendida de todas las cosas creadas, aspiraba incesantemente con amorosos deseos.

Tal era la ocupación de este hombre celestial dia y noche, cuando hé aquí que la fama de su virtud atrajo á su lado algunos discípulos, no sólomente de los lugares vecinos sino de las más apartadas comarcas. Su número fué en un principio de diez, que fué creciendo en poco tiempo hasta llegar á ciento. Todos se hallaban alojados en su caverna, que, como hemos dicho, era muy humeda; pero el Santo les enseñaba con sus consejos y con su ejemplo á no cuidarse del cuerpo sino del alma. Como él, se alimentaban con pan de mijo y sal, pero algun tiempo despues les añadió higos y yerbas silvestres que se criaban en aquel desierto, y que conservaban despues de saladas. Nada debía ser tan insípido como este alimento,

y sin embargo, estaban todos contentos, porque el ejemplo y las exhortaciones de su santo director les animaban á la penitencia.

Como quiera que la caverna brotaba agua por todas partes, la provisión de yerbas que hacían no tardaba en podrirse. En su virtud suplicaron al Santo que les permitiese edificar una pequeña celda en que pudieran conservarlas. Resistióse en un principio, temiendo que semejante concesión pudiera relajar su austeridad; pero considerando, dice Teodoreto, que san Pablo no siempre siguió sus propios deseos, y que se acomodaba á los débiles, se rindió á sus súplicas, y les dió la medida que habia de tener esta celda.

Tenia costumbre de retirarse de tiempo en tiempo al desierto, en donde, separado de toda comunicación humana, se entregaba más libremente á la contemplación de las verdades divinas. Así lo hizo despues de conceder este permiso á sus discípulos; pero habiendo regresado al cabo de algunos dias, vió que la celda era algo más grande que lo que habia mandado. «Temo, hermanos míos, dijo á sus discípulos, que, haciendo más cómoda vuestra habitación en la tierra, hagais más estrecha la que Dios os prepara en el cielo: pues ésta nos sirve para poco tiempo, mientras que aquella durará eternamente.» Contentóse por el pronto con esta sencilla reprensión sin poner más de relieve su falta, recordando estas palabras del Apóstol: *Yo en todo procuro agradar á todos, no buscando mi provecho, sino el de muchos, para que sean salvos*¹.

Hé aquí ahora la regla que les hacía observar. En primer lugar cantaban todos dentro de la caverna las alabanzas divinas hasta la salida del sol: despues salian de

¹ I Cor. x, 33.

dos en dos al desierto, en donde oraban y cantaban alternativamente salmos, de modo que uno de ellos se ponía de rodillas para adorar á Dios, mientras que el otro de pié cantaba quince salmos, despues de lo cual se ponía éste de rodillas para hacer la oración, y su compañero se levantaba para cantar los salmos. De este modo pasaban una gran parte del día en la adoración y sagrados cánticos. En seguida descansaban un poco hasta la puesta del sol, en cuya hora volvían á la caverna, en donde todos juntos ofrecían á Dios el sacrificio de alabanza con los himnos y cánticos de la tarde.

Habia escogido para que con él compartiese el gobierno de su comunidad á un religioso llamado Jacobo el persa, hombre de una grande estatura de cuerpo, pero más grande aún por las nobles cualidades de su alma y por sus eminentes virtudes. Ya hemos hablado de él en la vida de san Eusebio, abad de Corifo, á cuyo lado se retiró despues de la muerte de nuestro Santo. Un día iba con él este religioso á lo más intrincado del desierto, pero siguiéndole de lejos para no interrumpir su oración, y vió un dragón enorme. Detúvose un momento; pero tomando ánimo, le tiró una piedra, y lo mató. No era posible creer que una pedrada diese muerte á un animal tan duro, por lo cual no le quedó duda de que habia sido libertado de él por las oraciones del Santo. Aproximóse á él para referirle lo que le habia ocurrido, y entónces supo que habiendo acometido el animal á san Juliano, y teniendo ya abierta su boca para devorarle, habia elevado su corazón á Dios, y haciendo la señal de la cruz, lo vió caer muerto á sus pies.

No ménos merece ser referido otro milagro que obró en favor de otro de sus discípulos. Era éste un jóven solitario llamado Astero, cuyo ánimo superaba á sus fuerzas, pues era de una complexión muy delicada. Suplicábale éste que le tomase por compañero en los viajes que, para mayor re-

tiro, hacía al fondo del desierto, viajes que se extendían á cuatro ó cinco leguas, y que duraban ocho ó diez días. Trató de disuadirle el Santo, tanto más cuanto que ordinariamente emprendía estas expediciones en el rigor del estío, y que esta soledad era muy árida, y no se encontraba agua en ella. Pero al fin se rindió á las reiteradas instancias de Astero, lo cual fué motivo para que obrase un milagro en su favor, abriendo en lo más intrincado del desierto una fuente para apagar su sed.

Después nos ocuparemos en los hechos relativos á Astero, para no interrumpir el hilo de nuestra historia. La santidad de san Juliano había llegado á ser tan conocida, á pesar de los esfuerzos que hacía para ocultarse á los ojos del mundo, que no podía atender á las frecuentes visitas que se le hacían, y le repugnaban los honores de que era objeto. Más y más humilde á medida que era mayor su mérito á los ojos de Dios y de los hombres, resolvió dejar su morada y trasladarse al monte Sina con algunos de sus discípulos, esperando ocultarse de este manera á los ojos de los hombres, y gozar enteramente de las dulzuras de la soledad. Había una distancia muy considerable desde su caverna hasta esta montaña, y para recorrerla se empleaban muchos días; pero no queriendo entrar en poblado, emprendieron el camino en línea recta á través del desierto, llevando algunas provisiones.

Dice Teodoreto, que, cuando llegaron á la deseada montaña, permanecieron en ella durante mucho tiempo, pues el reposo de que gozaban constituía sus mayores delicias. Añadé este escritor, que edificó el Santo una capilla y un altar que aún se veían en su tiempo en la roca en que se hallaba oculto Moisés, cuando tuvo la dicha de ver á Dios de la manera con que es posible verle en la tierra. Por último, dice el mismo historiador que, pasado mucho tiempo, volvió con sus discípulos á su primera morada del desierto

de Edesa, para continuar en ella sus ejercicios ordinarios. No nos dice la causa de su regreso, pero parece deducirse que fué movido por la divina Providencia, que quiso acercarle á Antioquía, para que confundiese á los enemigos de la fé católica.

Reinaba aún el emperador Juliano, cuando nuestro Santo regresó á su caverna. Todo el mundo conoce el negro designo que había formado este príncipe apóstata de destruir enteramente el cristianismo, si hubiera salido victorioso de la guerra de Persia; pero Dios que vela con especial providencia sobre su Iglesia, hizo que saliese herido de esta expedición, y que abortasen sus infernales proyectos. Nuestro Santo supo por revelación su muerte en el instante mismo en que acaeció, como refiere Teodoreto con estas palabras: « Sabiendo Juliano las amenazas que este emperador, que llevaba su mismo nombre, había hecho contra los fieles, á los cuales se proponía exterminar después de su regreso de Persia, y conociendo que muchos de sus cortesanos esperaban este momento para saciar su odio al nombre cristiano, dirigió durante diez días fervorosas plegarias á Dios, y al cabo de este tiempo oyó una voz que le dijo, que ya no existía este abominable y asqueroso puerco. »

Cambió en seguida su oración en acción de gracias y de gloria á Jesucristo, que con tanta bondad atiende á los que son suyos, y que tan severamente castiga á sus enemigos. Después de esta revelación se unió á sus discípulos, quienes, viendo que venía con semblante alegre y sonriendo, quedaron sorprendidos, tanto más, cuanto que siempre estaba serio y triste. Le preguntaron la causa de su alegría, y respondió: « Estamos en tiempo de gozo, pues, según la frase de Isafas, el impío ha dejado de vivir. Dios ha proporcionado su castigo á la grandeza de sus crímenes. Había tenido la osadía de rebelarse contra su Criador y redentor; pero Éste le ha herido de muerte, y le ha dado la pena que

con tanta justicia tiene merecida. Ved aquí la causa de mi alegría : veo que ha terminado la persecución de este malvado, y que no han podido prestarle auxilio los demonios, á quienes tributaba sus adoraciones sacrílegas. »

Habiendo muerto Joviniano, príncipe muy piadoso que habia sucedido al Apóstata, Valente, que reinó despues que él, y que se declaró protector de los arianos, causó nuevas affixiones á la Iglesia con la guerra que declaró á los católicos. Ya hemos hablado de las vejaciones que hizo sufrir á la Iglesia de Antioquía, á donde tuvo que ir nuestro Santo para combatir las imposturas de los herejes, y para predicar la fé con su palabra y con sus milagros.

En efecto, los arianos que, según hace notar Teodoreto, no se sostenian más que por la calumnia y la mentira, como han hecho siempre todos los herejes en su cualidad de hijos de la mentira, los arianos, digo, osaron publicar que el célebre Juliano Sabas profesaba sus mismas doctrinas. Esto hubiera podido causar una impresión desfavorable en el pueblo, que tenia en grande veneración al Santo, si los católicos no se hubieran apresurado á destruir la impostura. Con este objeto Flaviano, Diodoro y san Afraato, que hacian grandes esfuerzos para animar á los fieles de Antioquía, enviaron á Acacio, que más tarde fué obispo de Berea, para que suplicase al Santo que viniese á cerrar la boca á la mentira con el público testimonio de su fé.

Acacio llevó consigo á Astero, su maestro, y discípulo del Santo, y habiendo llegado á su monasterio, le habló de esta manera : « Os suplico, Padre mio, que nos digais como podeis soportar vuestras austeridades con tanta alegría. — Lo hago, respondió Juliano para agradar á Dios, cuya gloria debo preferir á mi propia vida y á todas las cosas. — Pues yo os voy á presentar un medio, añadió Acacio, para glorificarle más que lo habeis hecho hasta ahora. Cuando Jesucristo preguntó á san Pedro si le amaba, y éste le res-

pondió afirmativamente, le enseñó la manera con que habia de darle pruebas de este amor : Si me amas, le dijo, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Hé aquí lo que debeis hacer ahora que el rebaño de Jesucristo corre riesgo de ser devorado por los lobos. Y tened en cuenta que le amenaza esta desgracia, sin que puedan impedirla todos los esfuerzos que se hagan para conservar la fé católica, si tolerais con vuestro silencio que los herejes se sirvan de vuestro nombre para sorprender y engañar á los fieles. No debemos ocultaros que los cabecillas de la herejía se jactan, aunque falsamente, de que prestais vuestro asentimiento á los impíos dogmas que sostienen. »

Apénas oyó el Santo estas últimas palabras, se apresuró á dejar el reposo de su soledad, y á partir con los emisarios á Antioquía. Atravesaron el desierto, y al cabo de dos ó tres jornadas llegaron á una pequeña aldea, en donde una mujer, tan rica como piadosa, les salió al encuentro, y postrándose de rodillas, les pidió su bendición, y les rogó que se hospedasen en su casa. No rehusó el santo anciano este ofrecimiento, por más que hacia cuarenta años que no entraba en casa de seculares, y Dios lo quiso así para manifestar su gloria, y hacer que se supiese en Antioquía por medio de un milagro la próxima llegada del Santo. Miétras que esta piadosa señora se hallaba ocupada en asistir á sus huéspedes, cayó al pozo uno de sus hijos de edad de siete años. Esta desgracia turbó sobre manera á todos los habitantes de la casa ; pero la madre impidió que se hiciese ruido alguno : fué al pozo, lo cubrió, y volvió al lado del Santo para asistirle, ahogando en su corazón el sentimiento de la ternura maternal. Entretanto el santo anciano la rogó que llamase á su hijo para darle su bendición, pero queriendo ésta ocultar la desgracia que habia ocurrido, le dijo que estaba algo indispuerto. El santo insistió, y no pudiendo la madre ocultar más tiempo su dolor, le mani-